

Italia-Chile, Nueva Europa, Nueva América Latina¹

Señor Rector, Autoridades, Señoras y Señores

Ha sido para mí motivo de gran satisfacción, personal y como Jefe del Gobierno Italiano, participar en la toma de posesión del nuevo Presidente de la República, Ricardo Lagos, y de su Gobierno.

Estoy convencido de que la elección de Ricardo Lagos es, para Chile, una ulterior confirmación del buen funcionamiento de las instituciones democráticas y civiles.

Durante estos días en Santiago he podido constatar, una vez más, lo sólido e importante que es el vínculo entre nuestros dos Países. Así pues, quisiera abrir este encuentro ante Vuestra prestigiosa Universidad intentado explicar qué significa el Chile para nosotros, los italianos. Explicar cómo en País que está prácticamente en las antípodas del nuestro ocupa, en la sensibilidad, en la cultura política, en los sentimientos de los italianos, un lugar tan importante, tan familiar.

“Vengo de un País lejano” así inicio Salvador Allende un memorable discurso ante las Naciones Unidas. Pero para los demócratas de todo el mundo, Chile ha estado sumamente cerca y continúa estándolo. Cerca como realidad y también como símbolo.

¹ Intervención del Ex-Presidente del Consejo de Ministerio de la República de Italia, en la Universidad de Chile (Santiago de Chile, 13 de marzo del 2000)

Ciertamente, para explicarlo, podemos remontar al trauma colectivo por la tragedia de septiembre del '73. En Italia muchas personas -especialmente las que pertenecen a mi generación- recuerdan dónde estaban cuando llegó a Chile aquella terrible noticia: recuerdan una especie de dolorosa incredulidad y luego las calles llenas de banderas, de protestas.

Después del choc, la solidaridad, la acogida de los que corrían peligro. Primero en nuestra Embajada en Santiago que abrió las puertas a decenas de aislados y, luego, en Italia, donde muchos exiliados chilenos reconstruyeron existencias despedazadas, prepararon el retorno de la democracia y, sobre todo, vivieron con nosotros durante muchos años con un extraordinario grado de afinidad política, cultural y humana.

Pero también es muy importante añadir que lo que une los Italianos al Chile no es sólo la solidaridad por los amigos que han sufrido. Al lado de la solidaridad tenemos el respeto y la admiración.

Efectivamente, en nuestra relación con Chile, nos hemos dado solamente sino y sobre todo, hemos recibido, hemos aprendido.

En primer lugar, hemos aprendido cómo se lucha para reconquistar la democracia: una lucha que -a pesar de las heridas, de las violencias sufridas- se llevó a cabo no como reacción violenta sino centrándose en dos elementos que definen, de modo profundo, la "realidad específica chilena" es decir: el apego a la legalidad y la fuerza de la cultura. Cultura y legalidad, dos armas letales para cualquier dictadura.

Efectivamente, en Chile, la cultura -desde los versos de Pablo Neruda a las canciones de Víctor Jara- ha mantenido vivas la dignidad y la identidad de un pueblo que ninguna represión podía aplastar, mientras las reivindicaciones obstinadas de ciudadanos individuales y el paciente trabajo de abogado tenaces y jueces valientes, abrían espacios de libertad y

ayudaban a reconstituir, incluso antes de las elecciones libres, aquel contexto de derecho que es la base indispensable, el fundamento más sólido de la democracia.

De Chile no ha llegado solamente una gran lección de cómo se sale de una dictadura. Ha llegado también una indicación fundamental de cómo vivir la democracia reconquistada, Y, en el centro -aquí como en todos los países que han vivido un oscurecimiento de la democracia y de los derechos humanos - tenemos la cuestión de la memoria, de una memoria que puede correr el riesgo de padecer una doble patología, al mismo tiempo opuesta.

Por un lado el olvido del pasado, señal de cobardía y oportunismo, fatal para el crecimiento de una sociedad que no puede ser sana si se basa en la ablación psicológica y política de la propia historia. Y, del otro lado, la fijación en la memoria, vista y revista obsesivamente, capaz de paralizar, dividir, hacer imposible la convivencia hoy y la construcción del futuro.

No administraré las nostalgias del pasado, ni miraré hacia atrás dijo el Presidente Lagos en el momento en que asumió sus funciones.

¿Es posible hacer coexistir la verdad y la reconciliación? Muy pocos los intentaron en el mundo: Chile y el Sudáfrica de Nelson Mandela. Es decir, dos países que , aunque de modo diferente, son los puntos fuertes de referencia y de esperanza para quiénes creen que la democracia puede emerger o volver a emerger, incluso en las condiciones más difíciles y que se puede basar en un reencuentro de la concordia. Como dijo Ricardo Lagos en su primer discurso como Presidente: "Mi tarea hoy es cultivar y enriquecer nuestra convivencia; no promover al confrontación.

Pero no quiero eludir un nudo que hace que sea difícil todavía para Chile cerrar las cuentas con el pasado. No quiero hacerlo -aunque sé que se trata de un tema sumamente delicado- porque cuando se habla a amigos no deberían existir silencios,

turbaciones, omisiones. Sé muy bien como el arresto del general Pinochet en Gran Bretaña ha sido vivido, aquí, como un elemento que venía a turbar aquel delicado equilibrio entre la memoria y la reconciliación que los chilenos han intentado construir con inteligencia política y sentido de responsabilidad. También sé, que esto ha suscitado un difícil debate entre quien abraza la justicia -llegue de donde llegue- y quien se preocupa por defender la soberanía nacional. Y también sé lo angustiada y problemática que es la situación después de la decisión de Londres y el regreso a Chile del General.

Respeto demasiado a los amigos chilenos para intervenir en una situación tan delicada, pero quisiera repetir lo fuerte que es, en todos nosotros, el sentido -indeleble- de la tragedia por la víctimas de la dictadura pasada. Una tragedia que podrá considerarse completamente acabada, sólo cuando haya prevalecido el sentido de la justicia.

Quisiera, solamente, intentar sacar *lecciones generales* de este caso específico y, mirando adelante, sugerir la exigencia de una clara distinción entre los *principios* que hay que defender y los *instrumentos* para aplicarlos.

En primer lugar se trata de afirmar un principio básico, que deberá tener una importancia central en el sistema internacional de este nuevo siglo. El principio que hay que afirmar y promover es que la defensa de los derechos humanos no puede encontrar un impedimento en la soberanía nacional.

Desde los Bacanes a Timor, este principio -el derecho/deber de intervenir para defender los derechos humanos- ha sido aplicado durante los últimos años con fuerza -es más, con la fuerza- por la comunidad internacional: no siempre con los resultados que esperábamos pero con el convencimiento total en los principios que están a la base. Y hay que añadir que las violaciones más graves de aquellos derechos (genocidio, tortura) son objetos de acuerdos internacionales que imponen obligaciones legales a todos los que los han firmado.

Desde este punto de vista, el caso Pinochet marca una importante línea divisoria, un precedente de valor universal: es decir, la afirmación de que ningún jefe de estado o de Gobierno podrá gozar -una vez acabado su mandato, y también si ha salido de su país- de aquella especie de no punibilidad que se define "inmunidad política", cuando se le adscriban delitos contra la humanidad. Así pues, también cuando estén en el extranjero, los responsables de crímenes contra la humanidad no podrán sentirse intocables por la justicia.

Este precedente tiene una importancia radical: es una victoria de principios para un sistema internacional que se basa en la defensa, son fronteras, de los derechos civiles y humanos.

Pero si el precedente es éste, ¿Cómo evitar -pasado ahora a los instrumentos- las disparidades de tratamiento para casos análogos?. ¿Cómo se puede impedir que nazca un sentimiento de soberanía ofendida?. ¿Cómo resolver el delicado dilema entre juzgar o extraditar cuando todavía no haya sido posible seguir la vía maestra de un juicio en el propio País?.

Yo creo que la solución puede ser, solamente, utilizar para este tipo de procedimientos (altamente políticos en la sustancia pero que deberían ser llevados a cabo con la mayor objetividad y garantías jurídicas) una Corte Penal Internacional: aquella Corte fue instituida en Roma en 1998 pero que todavía no se ha convertido en una realidad concreta y en función.

En definitiva, yo estoy convencido de que sólo una Corte, un tribunal Penal Internacional podrá preservar, en el futuro, conjuntamente la justicia y la dignidad de todos los Países y actuando (como lo precisa el estatuto) complementariamente y no sustituyéndose a las jurisdicciones nacionales- podrá servir como disuasión para los crímenes más graves contra la humanidad, garantizando justas penas a los culpables. Se trata, según mi opinión, de una de las dimensiones esenciales de un "orden internacional" más justo y más capaz de tutelar no solamente la seguridad de los Estados sino la seguridad y los

derechos esenciales de cada uno de los individuos: la seguridad "humana" para usar una expresión que debe convertirse en expresión central de la política internacional de este nuevo siglo.

Ante un público donde hay tantos jóvenes no quiero hablar solamente de Chile del pasado, del derecho a recordar y del valor de la reconciliación.

Si éste, como ya dije, es el profundo lazo que nos une, quiero hablar también del futuro. De aquel potente dinamismo que está transformando el mundo a ritmos todavía más acelerados de los que podíamos pensar hace pocos años: pienso en la globalización de la economía, en la difusión de la sociedad de la información.

Nadie puede eludir este reto, un reto que ve, en primera fila, en llave de innovación constante, a los empresarios, a los técnicos, a los expertos, pero que no implica ciertamente ni el final de la política ni la negación de un papel del estado.

La convergencia sobre estos temas con los amigos chilenos -y en particular con quien asume ahora, por mandato popular, la guía de este País, mi amigo Ricardo Lagos- es profunda.

Se ha hablado mucho de la "tercera vía" -una vía intermedia entre los arquetipos esquemáticos del "capitalismo puro" y del "socialismo democrático". Esta formulación puede haber servido para indicar el rechazo de esquemas abstractos y superados. Es además importante constatar las falsas expectativas; recalcar que economía de mercado no quiere decir sociedad de mercado; que la economía es un medio y no un fin; que los valores de la justicia social no son incompatibles con la libertad de producción, innovación, construcción.

Pero hoy, afortunadamente, no es tan necesario deber repetir conceptos que para nosotros ya son obvios, aunque en una cierta fase aquellos fueron contestados o ignorados. Hoy es evidente para todos que -como ha dicho recientemente Rubens

Recupero en la conferencia del UNCTAD de Bangkok- el mercado y el papel del estado son dimensiones paralelas y no alternativas. Se trata de los mismos conceptos que otro distinguido brasileño, el Presidente y amigo Fernando Enrique Cardoso, formuló el pasado mes de noviembre en ocasión del encuentro de Florencia sobre el "Reformismo en el siglo XXI".

Nombro a propósito dos latinoamericanos para evidenciar como el empeño político común para encontrar no una sola "Tercera Vía" sino nuevas vías y sobretodo soluciones específicas capaces de manejar los problemas de nuestro tiempo no es absolutamente monopolio de Europa ni tampoco del Norte de este hemisferio americano.

Lo que une la izquierda democrática en Europa y en América son los valores que están a la base: la libertad, la justicia y la solidaridad. Luego se tratará, en cada uno de nuestros países, de encontrar las soluciones políticas para reafirmarlos y relanzarlos en un ambiente profundamente modificado por el impacto de los cambios económicos globales y por la sociedad de la información.

Así pues, son nuestros valores los que son comunes. Y común es el reto que tenemos aunque partamos de condiciones diferentes, es decir, cómo combinar el crecimiento económico -que hoy significa lograr entrar y competir en el círculo virtuoso de la nueva economía -con la equidad social- que significa misma posibilidad de acceso a la formación, oportunidades iguales, lucha contra la marginación social, nuevos sistemas de protección para las categorías más débiles de nuestra población.

Como acabo de decir, en Europa y América latina -o incluso en el interior de ambos continentes- no partimos todos de las mismas condiciones. Y es obvio que la "policy mix" que cada gobierno logre encontrar después, inspirándose en esos valores, reflejará también las peculiaridades nacionales. Pero, al mismo tiempo, también sabemos que de Chile, de este Chile -ya consolidado en su reconquistada tradición democrática-

llegarán, a tal respecto elaboraciones teóricas (conocemos las capacidades de vuestros economistas, como es el caso de vuestro nuevo Presidente) y ejemplos prácticos.

En este camino podremos buscar juntos y trabajar juntos para la nueva Europa que estamos construyendo y para la nueva América que estáis construyendo y que estoy convencido recibirá un fuerte impulso gracias al triángulo democrático de tres países punterios como Brasil, Argentina y Chile y gracias también a las relaciones políticas y amistosas que existen entre Enrique Cardoso, Ricardo Lagos y Fernando de la Rúa.

Quisiera proponer ahora, sobre este punto, un paralelismo que me parece importante. Como sabéis, el proceso de integración europea ha tenido necesidad por mucho tiempo de un corazón, de un motor dinámico: la superación de los viejos conflictos entre Francia y Alemania y su estrecha colaboración ha sido, por mucho tiempo, este motor de arrastre que ha permitido que la vieja comunidad del carbón y del acero evolucionarse radicalmente a lo largo del tiempo, que desarrollase al inicio un mercado unido, introduce la Unión monetaria y crease instituciones políticas.

Eso mismo, según mi opinión, puede valer para América Central y América Latina: cualquier proceso de integración regional tiene necesidad de un corazón dinámico y hoy, éste puede existir gracias al nuevo triángulo entre Chile, Argentina y Brasil. Todo esto abrirá nuevas perspectivas a las relaciones entre la Unión Europea y vuestro Continente desarrollando concretamente las premisas colocadas en la histórica Cumbre de Río del año pasado.

Así pues, no es sólo como italiano que quiero hablaros hoy, sino también como europeo, como ciudadano de aquella Unión Europea que constituye una realidad no sólo económica sino también política. Cuando pienso en el futuro veo, por lo tanto, junto a una intensificación de las relaciones entre Chile e Italia, también el desarrollo de las relaciones entre Chile y la Unión

Europea (e Italia está trabajando mucho para acelerar los tiempos y la actuación del relativo acuerdo), y de las relaciones entre la Unión Europea y el MERCOSUR.

Pero dejadme que evidencie un punto importante: la Unión europea podrá moverse con más facilidad en este sentido cuanto más logre enfrentar con éxito los retos que tiene delante. Se trate de retos muy importantes. Como sabéis, la unión Europea ha decidido activar un impresionante proceso de ampliación que de hecho significará duplicar casi el número de sus miembros y que modificará sensiblemente las fronteras de Europa. Es un proyecto audaz que ayudará a estabilizar nuestro continente, que dará un sólido anclaje a las nuevas democracias de la Europa centro oriental y al mismo tiempo creará un mercado continental de enorme dimensión.

Pero para que este proyecto sea exitoso se requieren dos condiciones fundamentales: la primera es que la Unión reforme con valor sus instituciones -existe el peligro, en caso contrario, que la ampliación signifique de hecho la parálisis de la Unión política.

La segunda condición es que la Unión se abra realmente al exterior, se libere de los viejos pesos de la política agrícola, liberalice su política comercial -de no ser así, el riesgo es que no sólo no seremos capaces de hacer frente a los costos de la ampliación sino que, al mismo tiempo, no lograremos realmente hacer de la unión Europea un polo dinámico de la nueva competición global y un interlocutor efectivo de los nuevos regionalismos emergentes.

¿Qué quiero decir con esto?. En definitiva quiero decir que la Unión Europea tiene ante sí la última gran ocasión para transformar la Unión Europea en una Unión política real y para hacer de nuestro Continente un ejemplo positivo del regionalismo abierto. Si estos dos retos serán enfrentados y tratados con convencimiento, como Italia lucha para que se haga, Europa podrá tener también una nueva influencia positiva en las relaciones políticas y económicas

internacionales. Podrá ejercer un peso nuevo a favor de un sistema internacional basado en instituciones multilaterales más fuertes y en una creciente cooperación.

Y es en este contexto -el de una Europa que debe crecer políticamente y de una América Latina que hoy tiene la ocasión de dar un gran salto de cualidad -que yo creo que deben colocarse las relaciones, por otro lado tan peculiares, entre Italia y Chile. Italia tiene la intención, en primer lugar, de trabajar para favorecer este proceso de acercamiento entre Europa y América Latina que tiene por objetivo inmediato intercambios comerciales e inversiones más importantes pero que también tiene un fuerte valor político.

Más exactamente, Italia (como he dicho durante esta visita a Chile, al Presidente Lagos y como hemos examinado con tantos amigos latinoamericanos en el Forum de Verona, organización con el Banco Interamericano de Desarrollo) quiere colaborar, con los Países de América Latina y con Chile en particular, en un terreno en el que consideramos que hemos desarrollado experiencias originales y avanzadas, es decir, el de las pequeñas y mediana empresas, fuente de innovación, de prosperidad difundida y de un contexto económico compacto y vital.

Los grandes ideales que compartimos deben caminar sobre las piernas sólidas del desarrollo, de la innovación, de la modernización y de la colaboración internacional.

Hay un segundo instrumento privilegiado sobre el cual fundar nuestras relaciones. Hay, si queréis, una gran premisa de fondo: el desarrollo de relaciones culturales más sólidas. Efectivamente, nosotros sentimos la necesidad de relanzar la cultura italiana en Chile y, al mismo tiempo sentimos la necesidad de que Chile vuelva a este más presente en Italia, con todo lo que este País representa para nosotros. Con otras palabras se trata de poner en marcha un redescubrimiento recíproco, teniendo en consideración la valiosa herencia del pasado pero proyectándose en el futuro.

Nos conocemos ya mucho mejor de lo que la geografía podría hacer pensar, nos comprendemos recíprocamente mucho más de los que nuestra historia, tan diferente, podría hacer suponer. Pero no hacemos aún bastante, los dos juntos, en la economía, en la cultura y en la política. En definitiva hay mucho trabajo para hacer juntos.

Una vez más, la finalidad común, para Italia y Chile, es desafiar y construir sobre las afinidades culturales y políticas, además que sobre el concreto interés económico de los dos países. Sobre un amor común por la libertad, vivida como algo esencial no dada por descontada, sino perdida y reconquistada. Juntos, aceptando sin demoras los retos del modernismo y de la innovación pero también junto a un apego, con profundas raíces políticas y morales, a la justicia social.

Mi presencia en este País *cercano* -permitidme que lo diga sin paradojas- quiere ser una señal de amistad, una felicitación fraterna a quien asume el mandato de gobernar Chile, y un homenaje a la esperanza en el futuro que los chilenos nunca han perdido. Se abre verdaderamente una nueva época para Europa y América Latina.